

“Me vendió un cartón de bingo
y me preguntó de dónde era.
“De Uruguay”, le dije.
“Habla el español más dulce del mundo”,
me contestó mientras se iba (...)”

Peri Rossi, Cristina

a coger sus gafas .

“Hoy también participo en el bingo, pero solo por su voz”

“¿Ah, sí?” Le pregunto. Ya me habían hablado de mi acento muchas veces, por lo cual no le di atención, era más uno,

“¿Y usted, de dónde es?”, le pregunté yo, por simpatía.

“¿Yo? Pues - eh – yo soy de España. Sí, España” me contestó, hesitando después de cada palabra, desviando su mirar, escondiendo sus ojos, y disfrazando.

“Nací en un pueblecito, no lo conoce usted, no; estoy cierto de eso. Una chica bonita como usted, de Uruguay, no lo va a conocer. Pero no interesa. Dígame, ¿juega usted muchas veces al bingo? Soy nuevo aquí, no conozco a nadie”

“Sí, suelo venir todos los jueves aquí. Venía con mi abuela de pequeña, pero, ahora soy solo yo.” Y lo que echo más de menos de mi abuela es esto, nuestros juegos interminables de bingo, con risadas hasta que me duela el estómago, hasta miradas especiales del género “basta” de nuestros colegas. Pero ahora, simplemente soy yo. Estoy sola. Y no sé bien porque sigo viniendo aquí. Creo que es por todas las memorias que creé, y no las que quiero olvidar. Y estoy aquí, delante de un desconocido, pensando en estas cosas, sin le dar conversa. Mi abuela Pilar me llamaría tonta, si estuviese aquí conmigo, o mal educada, pues tengo la certeza que le estoy ignorando.

“...Y es por eso que ya no jugaba al bingo hace mucho tiempo. Una razón válida, ¿no lo cree?” me preguntaba él, riéndose.

“Ah ah sí, ¡súper!” le contesté, pensando para mí misma que mi abuela tendría razón. ¡Qué tonta!

Nos sentamos, y empezamos el bingo, conociéndonos, riéndonos, y sonriendo, como no hacía aquí en este salón de juegos hace mucho tiempo. Había algo en él, algo que me hacía sentir bien, feliz, comfortable. Me miraba en los ojos, como mi abuela siempre me enseñó a hacer. ¡Y qué bien que jugaba él!

Así pasaron horas. Yo hablando, mucho, como siempre y él, poco me decía de su vida, cambiando siempre de asunto o diciendo alguna tontería, a la cual yo contestaba, riendo como no hacía hace mucho.

“Pero usted conoce todo el mundo aquí”, me dijo.

“Eh, sí, venía siempre con mi abuela, ya lo he dicho”

“Ah, sí, pues, claro, su abuela Pilar, siempre muy simpática”

“Claro”, le respondí, recordándome de ella. Hasta que me recordé de otra cosa:

“Pero, yo no le dije el nombre de mi abuela...”

Me miró, sus ojos abiertos, y su boca igual.

Así empezó la peor historia de mi vida.

Caetana Ribeiro da Cunha
A8 (2º Bachillerato)
Santo António International
School.

Me vendió un cartón de bingo
y me preguntó de dónde era.
“De Uruguay”, le dije,
“ Habla el español más dulce del mundo”, me contestó mientras se
iba [...]
'Elogio de la lengua' en *Estado de exilio* (2003). Cristina Peri Rossi,
Premio Cervantes 2021.

Me vendió un cartón de bingo y me preguntó de dónde era.

- De Uruguay- le dije.
- Habla el español más dulce del mundo- me contestó.

Todo era muy diferente de Uruguay, mi casa, donde el dulce español no era dulce ni amable, solo español. Pero yo no estaba en el Uruguay, yo estaba en España, un planeta desconocido.

Este planeta tenía muchas cosas diferentes de Uruguay, tenía tapas buenísimas, tenía pinturas que hablaban de guerra, de amor y de la naturaleza, tenía vestidos rojos y personas que hablaban gritando.

¿Cómo es ser una gaviota? Un animal que viaja por tantos planetas diferentes, sin saber lo que pasa, estando siempre solo de pasaje, sin nunca entrar en pánico, nunca ser un participante, pero siempre vigilante, solo libre.

Pero yo no soy una gaviota, yo soy una persona del Uruguay y yo soy un participante en el mundo y en la vida.

-Si, es verdad. – le contesté.

Diana Luz

8ªA

Agrupamento de Escolas D. Filipa de Lencastre